

Presentación del monográfico

Intervención social en tiempos de sufrimiento social

El trabajo social se define por su práctica. Aunque todavía hoy muchos profesionales se desenvuelven con dificultad a la hora de expresar lo que son, sí están bien seguros que eso que son tiene algo que ver con aquello que hacen. Puede que el hecho de tener tan presente en nuestro imaginario profesional metas como las de la liberación y el cambio social, que estaban en la definición internacional del año 2000 y se mantienen en la nueva propuesta para 2014, acompleje la práctica cotidiana y nos parezca insuficiente para la legitimación del lugar ocupado. Pero, ¿y si fuera en esa práctica profesional cotidiana donde se hace posible un verdadero compromiso con el cambio social?

Cuando se propuso este monográfico sobre intervención social, tuvimos claro desde el principio su objetivo: escuchar a aquellos que practican el trabajo social en los nuevos contextos, y hacerlo, en la medida de lo posible, más allá de nuestras fronteras para aprender y conocer cómo podemos ser útiles desde esta revista enmarcada en el ámbito académico. En definitiva, de lo que aquí se trata es de escuchar. Convengamos en que cada vez es más frecuente encontrarnos en esos espacios donde reina la prescripción y se ausentan la escucha, la réplica o la posibilidad de socializar los conocimientos.

En este sentido, una vez un trabajador social reprochaba a la universidad: «hace falta más literatura profesional sobre fracasos». Esta frase era una manifestación del hartazgo que provoca acudir a la lectura de la experiencia idealizada y al ajuste de la realidad a una serie de preconcepciones. Del mismo modo, algo parecido sucede con las personas que acuden a los servicios sociales. «Cuando una persona carente de medios tiene dificultades de visión, por ejemplo, lo que necesita es ser curada o un par de anteojos. No necesita una entrevista con un poeta de las desgracias» (Di Carlo, 2007, p. 190). Pues a veces se observa una tendencia a hacer públicas las experien-

cias exitosas, y en trabajo social resulta difícil obtener balances positivos de las intervenciones sociales, al menos a corto e incluso a medio plazo. No da la profesión, desde la brega diaria, para mucho narcisismo con la obra realizada... por más que íntimamente te satisfaga tu trabajo y te reporte muchísimo. Y esto debe de ser una razón importante para que la intervención social se convierta para muchos profesionales en «un género literario» que casi sólo se cultiva desde lo puramente académico, escrito por profesionales que ejercen su trabajo en ámbitos alejados de la práctica, o desde tribunas exclusivamente políticas, que lo exhiben propagandísticamente porque lo necesitan con efectos de impacto, a corto plazo. Incluso sucede que el lector se acostumbra a las exposiciones en tono académico y/o político, donde se considera demasiado doméstico el lenguaje en el que se refieren las experiencias de intervención narradas por profesionales de la base (que ciertamente, suelen adolecer de una notable ausencia de elaboraciones teóricas). En resumidas cuentas, tanto la idealización de las experiencias como las inalcanzables aspiraciones, sólo pueden contribuir a aumentar la desorientación y el malestar profesional y ciudadano. Precisamente sobre este malestar versaba el XII Congreso Estatal de Trabajo Social.

¿Y si nos atreviéramos a escuchar al otro, a socializar conocimientos, a pensar a partir de lo que sucede realmente para construir juntos el análisis y la intervención social en los nuevos contextos? Una práctica bien sencilla, y aquí nos hemos puesto a ello, es la de escuchar y dialogar con algunas de esas realidades que actualmente no trascienden la queja de los pasillos de los centros o el desahogo entre vínculos cercanos tomando un café. En este sentido, unas compañeras de trabajo social que continúan en activo, en un Centro de Servicios Sociales de atención social primaria, advertían de la disminución sustancial en

la demanda de atención que vienen comprobando en los últimos meses. Según contaban, no solo han desaparecido las listas de espera en las Unidades de Trabajo Social de primera atención, sino que empieza a haber grandes espacios en blanco. Esto es algo realmente llamativo y que inicialmente, al menos, contrasta con las situaciones individuales y familiares que se viven en estos momentos de crisis. La explicación que apuntan es la siguiente: «Como los vecinos saben que los recortes nos impiden dar altas en los servicios o prestaciones que habitualmente se gestionan, apenas vienen a demandarlos, se ha corrido el rumor y se ha retraído la demanda. Quienes se ven acuciados por necesidades de ayuda urgente en la cotidianidad, se van directamente a las organizaciones de caridad, que son quienes realmente están desbordadas».

Pero esta información no causa extrañeza a quien ha estado cercano a la evolución del trabajo social dentro del sistema público de servicios sociales y ha participado en una gestión de las prestaciones, ayudas y servicios, que iba adquiriendo una complejidad administrativa creciente, ocupando la jornada de los trabajadores sociales hasta el punto de su plena identificación —ante sí mismos y ante el conjunto de la población— con este cometido. Por una parte, urge a cada vez más personas resolver cuestiones concretas relacionadas con la supervivencia: se necesita inmediatez. Y eso no lo ofrecen unos servicios sociales excesivamente burocratizados. Los usuarios en situación de vulnerabilidad realmente ya no abundaban entre los usuarios de la atención social primaria. Por otra parte, quienes parecían menos expuestos a la vulnerabilidad por contar con más recursos personales de cualquier índole, no han visto en los Centros de Servicios Sociales el lugar desde el que luchar por mantener los derechos sociales adquiridos, y lo hacen —quienes se sienten llamados a ello— desde las múltiples plataformas ciudadanas que han ido surgiendo. Sorprende la escasa respuesta que encontramos Madrid, no se han hecho demasiado visibles las acciones, ni siquiera simbólicas, de defensa. Eso sí, se han rodeado-abrazado ambulatorios, escuelas... Qué duda cabe que los servicios sociales constituyen un sistema

muy débil frente al resto, pero a estas alturas se hace patente que los Centros de Servicios Sociales se perciben como el lugar en el que se solicitan-tramitan prestaciones y que son éstas la ayuda que de ellos se debe esperar.

Recientemente ha saltado a la prensa el escándalo de algunas de las organizaciones que se dedican a ejercer la tutela de los adultos incapacitados. Por cierto, a partir de la denuncia de un trabajador social. Cada día aparecen en el periódico nuevos datos e informaciones porque el montante económico del asunto es de mucha envergadura. La Agencia para la Tutela de Adultos, uno de tantos dispositivos del Gobierno (del Estado, local o autonómico, qué más da) para la atención social de las personas más vulnerables, hace entonces acto de presencia en la vida ciudadana, aunque solo sea una aparición fugaz que atraerá el interés mientras dure la noticia.

¿Cómo se organiza la atención de las personas a partir de su declaración de incapacidad, judicial, y de la declaración de ausencia de familiares o de la no idoneidad de los mismos? Al respondernos a esta pregunta reparamos en que la función de la Agencia Madrileña de Tutela de Adultos ya es claramente residual en un panorama en el que el resto de las asociaciones y entidades privadas legitimadas para asumir tutelas, imponen sus condiciones (tipo y origen de incapacidad, recursos económicos del tutelado) y son aceptadas por el Estado. Y siendo su ámbito el de mayor dificultad —claramente, lo que el resto de asociaciones no aceptan— los medios con los que cuentan para desarrollar sus actuaciones, son cada vez más escasas.

Escandaliza que una sociedad civilizada se mantenga al margen de estas cuestiones, y que por lo tanto no tenga ningún tipo de información, exigencia y control sobre ellas; que no pida cuentas, que no tenga opinión. Asusta comprobar que solamente cuando un escándalo sale a la luz se pone el foco sobre el hecho puntual, y por eso es preciso y urgente darles el plano que les corresponde, remover y plantear desde los ámbitos ciudadanos y profesionales más sensibles la inquietud ante lo que estos hechos nos están diciendo.

La apatía de organismos como éste, que marchan a trompicones de desgastada inercia alimentada por programas obsoletos, erráti-

cos, sin dirección técnica, ausentes de la realidad a la que diariamente han de enfrentar sus equipos profesionales, hace necesario que se atraiga sobre ellos la mirada de los ciudadanos y que desde espacios profesionales (colegio profesional, universidad...) se abran lugares que convoquen a los equipos para el estudio conjunto de propuestas de cambio, de búsqueda de respuestas innovadoras a las necesidades de atención de las personas bajo tutela de la administración.

«Más literatura profesional sobre experiencias de fracaso», como pedía aquel colega que mencionábamos al principio de la presentación, parece cada vez más una propuesta sensata, pero sobre todo pensamos que debería escribirse pensando en la necesidad de insuflar el compromiso con el cambio social en esos ámbitos apenas visibles en los que naufragan casi multitudes de individualidades profesionales en solitario, trabajadores sociales y ciudadanos que acaban igualmente devorados por el abandono institucional, las dificultades y la rutina. Y es que como dice Luis Nogués, cuando la administración privatiza y los servicios y los equipamientos sociales «para todos» se convierten en «para pobres», su deterioro está garantizado. Este es un ejemplo.

En general, somos dados a poner la mirada crítica fuera del ámbito propio de actuación, pero es imprescindible pararse a reflexionar sobre esto porque, como dice un amigo, «las cosas no son lo que son, son lo que somos». Y sin excesiva dureza hacia el ejercicio de la profesión es imprescindible poner la mirada crítica sobre él. Eso sí, analizando el entorno socio-político-económico que explique y ayude a comprender el porqué de esta situación. Sólo para enmarcar la reflexión y proponer alternativas, porque no se trata de hacer historia, ya suficientemente contada, ni de buscar explicaciones que justifiquen y descarguen de responsabilidades.

«Miremos la historia a través de un serio análisis para comprender el presente» —decía otra amiga—. Esta historia es una historia donde las crisis y los ciclos se reaparecen continuamente. A veces se caracteriza por tiempos de riqueza y modernización, un contexto de seguridad que nos permite caminar a buen y confiado ritmo sin detenernos a refle-

xionar sobre el camino (ni falta que hace), y otras veces se presentan tiempos de pobreza y retroceso, donde el contexto se vuelve adverso, hostil o indiferente. Y es entonces cuando reaparece la cuestión identitaria, la necesidad personal y social de volver a las raíces en busca de la seguridad perdida. Y hoy todos estamos en un tiempo de vulnerabilidad y sensación de fracaso, en un contexto adverso donde nuestra presencia profesional genera inseguridad y desconfianza a los otros y, también, a nosotras mismas. Es hora de volver a las raíces, re-encontrarnos con aquello que un día nos hizo existir, re-conocernos en esa mirada sobre uno mismo y en la de aquellos que caminan a nuestro lado. Pues bucear nuevamente en las aguas profundas y vertiginosas de la identidad, en tanto que este buceo es una decisión personal y a veces un proceso solitario y sufrido, nada tiene que ver con la conquista de un espacio que nos dote de legitimidad (ese lugar ya existe), sino que se trata de descubrir si es que nuestra existencia tiene algún sentido para el otro y para uno mismo en esta nueva realidad.

Si es cierto que las crisis son también oportunidades, quizá los profesionales del trabajo social tendremos en ésta, que con tanta dureza nos afecta a todos, la oportunidad de volver a encontrarnos con las bases de nuestra disciplina, con los pilares sobre los que construir una mejor práctica. Se hace urgente intervenir a partir de lo que sucede realmente y para eso hay que ser capaces de escuchar al otro (cualquier otro involucrado en los procesos que queramos conocer e intervenir) y disponerse para una construcción colectiva del conocimiento. Decir esto pudiera parecer una obviedad, pero conocemos carácter extraordinario y alternativo en los contextos profesionales actuales. Por fin hoy resurgen en nuestro país, algunas experiencias donde ciudadanos y profesionales socializan su conocimiento e intervienen conjuntamente. Es hora de pisar tierra y de comprometerse con un cambio social accesible, esto es, «ayuda concreta a la necesidad real del otro y diálogo crítico clarificador de la conciencia» (Di Carlo, 2007, p. 190).

Y en este clima de escucha consciente, nos disponemos a presentar la parte monográfica de este volumen 27 (1) titulado *Intervención*

social en tiempos de sufrimiento social. Como podrá ir descubriendo el lector, todos los artículos tienen un hilo conductor y se pueden identificar a través de él los lugares comunes. Y esto es así porque narran los anhelos más profundos del corazón profesional y en esos terrenos el encuentro y el acuerdo suele estar garantizado. Abre la reflexión el artículo de Eugenio del Río: *Solidaridad, Estado, acción social*. A lo largo del discurso el autor nos invita a pensar las prácticas de la solidaridad como algo en continuo proceso de transformación al calor de los contextos actuales. Dicha solidaridad se expresa en la sociedad de distintos modos y a partir de la convivencia de diversas organizaciones. Este entramado de relaciones y expresiones, se mueven hoy en un terreno ambivalente que hace necesario y urgente un debate sobre la adecuación de sus prácticas ante los problemas presentados.

A continuación, con el planteamiento que anunciábamos de traspasar las fronteras, volamos hasta Brasil de la mano de Edalea Ribeiro y su trabajo *Desafios postos ao exercicio profissional do Serviço Social no Brasil em tempos de globalização neoliberal*. Por un lado, su exposición nos permite comprender y analizar el escenario actual en el que transita el trabajo social brasileño y, por el otro, propone dos desafíos para la profesión: 1. La lucha colectiva en diversos espacios donde se puedan construir sujetos colectivos capaces de fortalecer los espacios de enfrentamiento y resistencia. 2. La necesidad de construir conocimiento crítico sobre esta realidad y sus nuevas dinámicas. Y, a su vez, se pregunta sobre la importancia que se le está confiriendo en el seno de la profesión a la dimensión técnico-instrumental-operativa.

A nuestro regreso, hacemos escala en el país sueco donde Norma Montesino y Erica Righard nos presentan *Trabajo Social en Suecia, tendencias generales y el caso particular de los niños inmigrantes*. Transitar de lo general a lo particular, y viceversa, suele ser un buen punto de partida para la comprensión. Ya desde el principio, nos advierten que Suecia ha perdido su posición en los rankings internacionales sobre la igualdad social. La privatización de los servicios públicos, el aumento de la movilidad internacional y la compleji-

dad y dinámica de los problemas sociales exigen urgentes respuestas de la sociedad y de la profesión. Todo este entramado reflexivo, va a analizarse a partir del caso de los niños migrantes en su país.

Y antes de regresar, aterrizamos unas horas en Reino Unido. Allí nos recibe Marta López, una de esas jóvenes profesionales de trabajo social, como tantas otras, que han salido de nuestras fronteras en busca de un futuro laboral más prometedor. Sabemos que mucho talento se va, incluso se les anima a ello, pero pocas veces conocemos qué han encontrado y cuál es su experiencia en esos nuevos lugares. Por lo tanto, el artículo *Experiencia y reflexiones acerca de la protección de menores en el Reino Unido* es una gran oportunidad para acercarnos, no sólo a la realidad de aquel país y nuestra profesión, sino a las inquietudes y reflexiones que despierta en una trabajadora social emigrante y española. Su mirada posibilita la crítica comparada y, seguro, hace pisar tierra a muchas de nuestras idealizaciones sobre el país que fue cuna profesional.

Y por fin llegamos a España, con la maleta cargada de reflexiones, con la distancia y el descanso que procura todo viaje, para volvernos a mirar y resituar. El artículo de Miguel Angel Gurbindo, *Una aproximación a las situaciones de desprotección social en la población infanto-juvenil de origen extranjero, sobrevenidas en el actual contexto de crisis económica y precarización del Sistema de Protección a la Infancia y Adolescencia de Navarra*, nos advierte que la crisis económica ofrece un marco de precarización nuevo que afecta a muchas familias y que hace imprescindible contextualizar de nuevo la protección a los menores revisando los conceptos en los que hasta ahora se sustentaba. Encontramos una reflexión imprescindible ante las nuevas situaciones de desprotección y unas propuestas que aluden al principio de la responsabilidad compartida, a la implicación necesaria del ámbito institucional y de la sociedad civil en su conjunto.

Asimismo, Lucía Santos, Juan Carlos Chans, Araceli Cantero y Iefkine Hamparzhouman dan respuesta a nuestra pregunta inicial acerca de si será en la práctica profesional cotidiana donde se hace posible el verdadero compromiso con el cambio social. El artícu-

lo *Trabajo Social en un Centro de Servicios Sociales: Una familia con 70 gatos*, nos ofrece todas las claves necesarias para repasar paso a paso el proceso de una intervención social en la que está presente ese principio tan elemental que consiste en intervenir para ayudar a recuperar a las personas el sentimiento de volver a pertenecer al grupo.

Y terminamos nuestro viaje, en esta misma clave de propuesta analítica, con *Acompañamiento como metodología de Trabajo Social en tiempos de cólera* de Esther Raya y Neus Caparros. Las autoras nos devuelven una de esas herramientas constitutivas del tra-

bajo social en la relación de ayuda. Es importante volver la mirada sobre aquellos modos de intervención propios, pero a su vez, ubicarlos en un análisis riguroso sobre la profesión y su contexto actual. Esto se traduce en reivindicar un trabajo social orientado por la investigación y su contraste y retroalimentación continua sobre la realidad.

Maribel MARTÍN ESTALAYO
Universidad Complutense
mmestalayo@ucm.es
Rosa GARCÍA SEDANO
Trabajadora social

Referencias bibliográficas

Di Carlo, E. (2007). Sobre la profesionalización del Trabajo Social. En: M. Rozas Pagaza (coord.). *La profesionalización en Trabajo Social. Rupturas y continuidades, de la Reconceptualización a la construcción de proyectos ético-políticos*. Buenos Aires: Espacio Editorial.